

## CAPÍTULO IX

CUALIDADES OPUESTAS EN SAVONAROLA Y DOBLE FIN QUE SE PROPONE EN SU VIDA

Indudablemente lo admirable en el gran predicador florentino, lo que llama principalmente la atención, cuando se considera la naturaleza de este hombre extraordinario, es su aptitud para tocar en los cielos de lo ideal y para conocer las tristes asperezas de la realidad. Digan lo que quieran todos los adoradores del éxito, pocos hombres, quizá ninguno, aparecen á nuestros ojos en las largas y monótonas páginas de la historia dirigiendo una sociedad entera y atravesándola por el fuego de una revolución radical, sin más arma que el arma poderosa de su palabra y sin más fuerza que la fuerza moral de su virtud. Y este repúblico excepcional, que dirigía las muchedumbres, que trazaba las constituciones, que disponía y organizaba los grandes cuerpos del Estado, que sabía buscar en el fondo de sociedades exhaustas recursos y tributos á la altura de las ciencias económicas modernas, luego como un asceta, como un místico, en el éxtasis, en el arrobamiento, veía visiones extrañas esmaltadas en los celajes infinitos é inacabables de lo sobrenatural.

Después de haber dirigido una arenga á la multitud; después de haber disputado con los magnates de Florencia; después de haber puesto todas sus facultades en tortura para dar una ley favorable al pueblo ó bien económica ó bien política; se encerraba en su celda, cogía los libros de Santo Tomás ó los versículos del Apocalipsis, y devorándolos con la intensa voracidad de su alma, al separar la retina de sus letras, veía dibujarse en los aires los coros de los ángeles, los tronos de las potestades celestes, las hipóstasis de la Tri-

nidad divina, la esencia y la sustancia misma del Creador comunicando á todas las criaturas en la inmensidad de los espacios el vivificador aliento de la creación.

Cuántas veces se encerraba en su celda, y sin beber, sin dormir, sin comer, cual si tuviera sobrenatural virtud que lo levantase y sostuviese sobre las naturales necesidades y sobre la triste fatalidad del organismo, separaba su alma del cuerpo como se separa y desprende el vapor de los lagos, el aroma de las flores, la luz de los astros. Y extática y etérea, penetraba con su vista interior allá donde no pueden penetrar nuestros ojos de carne; y veía, mirándolos en luminosos relieves y plásticas formas, los misterios y los secretos de lo absoluto y de lo eterno. Después de haberse macerado en la soledad y de haber departido con las ideas sin voz y sin palabra, llevando los ojos llenos de visiones apocalípticas y la mente llena de místicos ensueños, subía, trémulo, agitado, exaltadísimo, las gradas del púlpito; y fuera de sí, lanzaba de sus nervios torrentes eléctricos, de sus ojos radioso calor, de su palabra vivacísima elocuencia, haciendo temblar, padecer, gemir, llorar á cuantos le escuchaban transportados á otras sublimes regiones en las resistentes alas de su alma y en los altísimos vuelos de su pensamiento.

Así los dos polos de la vida se habían unido en aquel hombre, lo ideal y lo real, lo teórico y lo práctico, el misticismo y la política, los cálculos del estadista y las efusiones del extático, los dos extremos que parecen coordinarse solo en almas singulares y apartadas entre sí por insalvables y profundísimos espacios. Cuántas veces, en la celda de San Marcos, empapada todavía en las evaporaciones de sus lágrimas, todavía iluminada por el relampagueo de sus pensamientos, transportábase de tal suerte á otras regiones superiores de la vida, que escuchaba en torno de sí las ráfagas de una tempestad sacudiendo todos los miembros de su cuerpo, como el huracán á los cañaverales, y veía una mar extraña, sobre la cual flotaba, como Cristo mismo sobre la mar de Galilea, y á su derecha los elegidos y los virtuosos, resaltando en suave éter y tendiéndole á una las manos suplicantes, y á su izquierda los malditos y los demonios precipitados en el fuego eterno, amenazándole con terribles amenazas, y sobre su cabeza la virtud sacratísima de la esperanza ceñida de estrellas y envuelta en su cerúleo manto que le señalaba lo infinito, y á sus piés el in-

fierno que le mareaba con sus vapores mefíticos y le cegaba con sus humos letales, combatido entre estas visiones contradictorias como el cuerpo arrojado á las oscuras espirales de horribles y vertiginosas trombas.

Pocas visiones hay en la literatura y en la historia tan hermosas como la vision aquella que el pincel y el grabado han reproducido tantas veces y que Savonarola habia visto en sus deliquios y recitado en sus sermones. Eran las dos grandes ciudades, la ciudad del templo judío y la ciudad de la Basílica cristiana; la ciudad de Dios y la ciudad del Pontífice; la ciudad de la pasion y la ciudad de la victoria; Roma y Jerusalem. Flotando sobre los vapores de las lagunas pontinas la ciudad de los Césares y entre las caldeadas arenas del desierto la ciudad de los profetas; ceñida esta con sus terebintos y sus palme-ales y aquella ceñida con sus hiedras y con sus cipreses; arruinada la una bajo las armas romanas y arruinada la otra bajo las armas germánicas; con el templo de su Dios único derretido y evaporado en las llamas de un sitio la una, y los templos de sus dioses múltiples la otra derretidos y evaporados en las llamas de sitio tambien devastador y doloroso; véase con asombro, sobre la Roma de los Césares y de los Pontífices, una cruz negra que manaba sangre y que era la cruz de la cólera divina, mientras sobre la Jerusalem de los profetas y de los sacerdotes una cruz áurea que despedía luminosos rayos y que era la cruz redentora de la divina misericordia.

A todas estas visiones místicas juntábanse profecías varias, en las cuales unas veces se anunciaban las revoluciones religiosas, que iban á caer sobre Roma, y otras veces se anunciaban las revoluciones políticas que iban á caer sobre Florencia. Los críticos, dados á llamarse á sí mismos imparciales, tratan con cómica gravedad el tema favorito de si Savonarola creia en las mismas visiones que explicaba y las decia y las anunciaba con verdadera sinceridad. Nada mas cómodo que criticar un alma tempestuosa en el silencio del gabinete, con frio criterio, con exámen matemático, despues de haber dormido á pierna suelta y de haber triturado en una digestion sosegada la racion diaria, sin trasportar la mente al tiempo que se estudia y se disea, ni abrir el corazon á ninguna de las pasiones que en aquel tiempo se sienten ni á ninguna de las ideas que en aquel tiempo se acarician y se elevan á dogma por las exaltaciones y sufrimientos de una fe verdadera. Pero colocaos en la situa-

cion de Savonarola, renunciad al amor como él ha renunciado, vestíos de sayal y de cilicio como él se ha vestido, tomad por hijos vuestros á todos los infelices como él los ha tomado, maceraos en la penitencia, dirigíos á Dios de continuo, pasad vuestros dias en el ayuno y vuestras noches en la meditacion, tañed los nervios con pulsaciones incesantes, acalorad el cerebro con plegarias continuas; y si luego no veis sinceramente en vuestros deliquios y en vuestros éxtasis por una especie de vision magnética, cual si los tócarais, todos esos cuadros sobrenaturales, y no sentís una vocacion casi divina á creer y expresar todos esos anuncios proféticos, sin duda es porque no teneis alma. Reíos en buen hora del penitente, que anuncia en el desierto la llegada del que ha de venir; burlaos del fraile que canta en competencia con el ruiseñor y que comunica sus oraciones á las golondrinas para que las trasporten y suban en sus alas á los altos cielos; criticad friamente las visiones místicas y las palabras proféticas de Savonarola; vuestras críticas, llenas de exactitud, vuestro profundo exámen dirigido por el mas frio criterio, vuestras carcajadas de burla y de chacota pasarán, y esos séres presidirán eternamente la historia en las cimas del mundo moral, recogerán el aroma de todas las oraciones, devolviendo en cambio el rocío de todos los consuelos, brillarán con luz inextinguible en las noches y en las tempestades del alma.

Esta doble aptitud de Savonarola acaso contribuyó tanto ó mas que el odio de sus enemigos al malogro de su obra. Era necesario que el profeta fuese profeta ó el político político. Florencia le impidió en alguna parte y en alguna medida dirigirse al mundo; y la reforma de la República le impidió la reforma de la Iglesia. Quizás fué prematura su idea; quizás se anticipó á su tiempo; quizás quiso sacar del Evangelio consecuencias políticas y consecuencias sociales, que solamente habian de sacarse tres siglos mas tarde; quizás la síntesis atrevida de su pensamiento divirtió fuerzas que obtuvieran mayor resultado de encaminarse á un solo fin ó bien el religioso ó bien el político; pero, de todas suertes, no siempre cosechan los que siembran, no siempre comen los frutos aquellos que plantan los árboles, y en el reducido espacio de esa hermosísima Florencia, Savonarola nos ha dejado la imagen de una República dirigida por la palabra, conservada por la virtud, con códigos morales mas que coercitivos, con carácter espiritualista y religioso, cuyos